

E. MIRET MAGDA LENA

Los franceses —hay que confesarlo— tienen una sensibilidad muy desarrollada respecto a los problemas humanos. En Norteamérica se hacen toda suerte de pruebas atómicas, y la reacción pública es mucho más comedida que la producida en Francia con motivo de la explosión de la bomba atómica en el atolón de Mururoa, en pleno Pacífico.

Y aún así, a diversos cristianos del país vecino, como el dominico Padre Avril, les parece insuficiente esta reacción que ha saltado a las columnas de todos los periódicos e incluso se ha manifestado en la televisión francesa. Buena señal de que la conciencia cristiana, siempre urgente, está viva.

Los Obispos franceses adoptaron hace poco una postura contraria a la escalada de las armas en el mundo actual, y se atrevieron a decir que se debería pensar en "renunciar a la organización militar moderna dotada de medios nucleares, sustituyéndola por otro sistema de defensa" (Documento de Episcopado Francés y de la Federación Protestante de Francia, 13 de abril de 1973).

Ahora son varios los Obispos franceses que, con motivo de estas pruebas guerreras nucleares, han dado la voz de alarma sin ningún recato. El Obispo de Verdún afirma que "los ensayos atómicos franceses me parecen una falta grave, porque se trata de una bomba anti-ciudad, ya que se amenaza con destruir una ciudad entera con el fin de disuadir al adversario, pero este género de acción es formalmente condenado por el Concilio como inmoral". Este mismo Obispo mira también este hecho bajo otro aspecto que considera socialmente inmoral: "Gastamos —dice— así sumas considerables cuando en el mundo entero muchos pueblos tienen hambre".

Otra reacción enérgica es la del Obispo de Orléans, quien declara: "Mi conciencia de hombre, de cristiano y de Obispo me exige, de acuerdo con múltiples y serias declaraciones de la Iglesia, que diga claramente: no a las armas nucleares". Y este Obispo da todavía un paso más, pues dice que no solamente los creyentes, sino "todo francés deseoso de un porvenir pacífico debe manifestar de manera eficaz su desaprobación más enérgica en relación con todo proyecto de escalada atómica".

Sin embargo, se alega una aparente razón y es aquella que expresó San Agustín, con graves y penosas consecuencias para el futuro de la Humanidad, tomando en su boca el adagio romano "si quieres la paz, prepara la guerra". Es una falacia —según el Obispo de Orléans— "pretender que la bomba atómica sea una fuerza de disuasión". Y el padre Avril, O. P., dice que ese adagio "nunca se ha verificado en la experiencia, pues, por el contrario, las nuevas armas inventadas por el frenesí de los hombres para matarse entre sí, siempre han sido utilizadas, y no a largo plazo".

El cristianismo cada vez queda más claro que pretende la paz, y la palabra y la acción de Jesús, su fundador, fue siempre en este sentido. El mundo judío de los profetas vislumbró el futuro de la Humanidad, al fin de los tiempos, como un futuro pacífico en el que se llegaría a "forjar de sus espadas azadones, y de sus lanzas, podaderas. No levantarán espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra", predice Isaías en el capítulo II de sus Profecías. Y nosotros, los cristianos, no tenemos que esperar con los brazos cruzados en forma pasiva la llegada de este tiempo, sino

que, con la venida de Jesús, se ha iniciado este proceso de paz que todos hemos de ir forjando paso a paso y codo con codo con los demás hombres. El cristiano no puede ya utilizar los instrumentos inhumanos de la violencia para preparar el porvenir, sino que tiene que ir dejando de lado progresivamente toda acción violenta, para ir acostumbrando y educándonos a los hombres a otros medios para dirimir nuestras contiendas, nuestras diferencias y nuestras luchas. A muchos cristianos se les abren los ojos y dicen, como Monseñor Riobé: "Hay que creer en el poder de los valores morales y en la fuerza de la no-violencia".

El Vicario General Castrense de Francia, el Obispo Monseñor Gabriel Vanel, a pesar de su delicada posición, confiesa al periódico Le Figaro que "respeto las convicciones sinceras de todos, y veo —asegura— un testimonio profético en ciertos cristianos que han optado por la no-violencia o por la objeción de conciencia, haciendo así un llamamiento a todos los hombres para resolver los conflictos humanos por medio de las fuerzas del amor".

EL ESCANDALO DE LA BOMBA ATOMICA

Este Obispo castrense no va tan adelante como otros Obispos de la vecina nación, pero, sin embargo, cree que hay que buscar una nueva solución no violenta para los conflictos humanos, "y esta solución está en una organización de la seguridad mundial en la que uno de los principales aspectos sería el desarme general a condición de que sea verdaderamente general".

Dicen que el Cardenal Arzobispo de París, Monseñor Marty, no quiso participar en la presidencia del desfile militar del 14 de julio en París. La cosa no está clara, pero, desde luego, Monseñor Marty no es partidario tampoco de las armas nucleares.

Ante todo ello se han levantado diversas voces de católicos significados en contra de esta postura de la Iglesia jerárquica francesa. Y el principal de todos, el Almirante Joybert, Jefe del Estado Mayor de la Marina francesa. En el periódico Le Figaro publicó una carta abierta a los Obispos de Francia —después de una intervención en la TV— pidiéndoles que respetasen la autonomía de las cosas temporales, sin inmiscuirse en ellas. Y decía al clero francés: "Nuestra misión es defender a Francia, y si no negáis esta misión, dejadnos entonces el cuidado de escoger los medios mejores para conseguirla".

Continuaba este Almirante diciendo que la misión del clero "es enseñar la fe y propagar la caridad". La verdad es que yo estoy totalmente de acuerdo con la letra de estas declaraciones; pero las interpreto en forma diametralmente opuesta —desde el punto de vista cristiano— al significado que le da este católico francés.

Porque si bien es verdad que la Iglesia como tal no puede intervenir en materias técnicas, también es cierto que a la conciencia de los seglares cristianos no nos es lícito, si somos consecuentes con el Evangelio, utilizar determinadas técnicas. Si somos contrarios a las armas nucleares no es porque nos lo manden los Obispos, sino porque nuestra conciencia cristiana, de acuerdo con el espíritu del Evangelio, nos impide utilizar un instrumento que sea plenamente inhumano, como lo resulta la bomba atómica. Nos tenemos que acostumbrar los creyentes a no discutir tanto del formalismo contenido en las frases del clero ni a medir si nos mandan o no nos mandan, si nos obligan o no nos obligan sus enseñanzas, sino a mirar más directamente al Evangelio y ver si se puede coonestar su espíritu con ningún medio técnico de violencia inhumana como es la bomba atómica. Incluso cada vez mayor número de cristianos se muestran contrarios al uso de cualquier medio físicamente violento, porque creemos que Jesús puso la semilla de la no-violencia en su boca y en su acción.

El Cardenal Daniélou ha meditado en esta polémica, y queriendo aclarar los conceptos, los ha confundido más. Es verdad, como dice Daniélou, que la postura que un católico debe adoptar con las armas nucleares es una postura personal, puesto que se trata de un problema que tiene que decidir la propia conciencia. Pero la conciencia de un cristiano se inspira en el Evangelio, y el Evangelio nunca predica la violencia, sino la eficacia de los medios no-violentos. Monseñor Daniélou dice también una frase muy acertada: "La Iglesia debe servir a la paz luchando por que todos los conflictos que necesariamente existen entre las naciones encuentren soluciones pacíficas". Esa es la misión de los continuadores del Evangelio, sean clérigos o seglares.

En Francia son los Obispos los que resultan incómodos en su lucha contra las armas nucleares, y en la URSS es un seglar: Soljenitsyn; pero ambos tienen un precedente setecientos cincuenta años antes de Jesucristo: el Profeta Amós, quien predicaba el amor universal acuciado por su inspiración religiosa profunda, estando en disonancia con el conformismo establecido de odio al enemigo y de lucha entre los hombres.

El académico y famoso científico Louis Leprince-Ringuet, desde su postura totalmente independiente, dice con cierta dosis de humorismo que difícilmente se puede emplear la idea de la separación de la Iglesia y del Estado que existe en Francia para combatir el pensamiento que ha manifestado el alto clero francés, ya que "evocar para ello —como hace el Almirante Joybert— la separación de la Iglesia y del Estado es por el contrario un argumento en favor de la libertad de pensamiento del propio clero; precisamente porque hay separación, los Obispos y los sacerdotes deben reflexionar como ciudadanos de su nación en la enseñanza de Jesucristo, ya que son cristianos y pueden expresar su punto de vista sobre la vida de su propio país".

El gran error está en plantear las cosas desde el punto de vista jurídico-eclesialístico. No se trata de saber si estamos obligados por una palabra concreta de un Obispo, sino si a propósito de tal palabra nuestra conciencia del Evangelio nos impide adoptar una determinada postura. Para el cristiano, la última apelación es siempre el Evangelio.